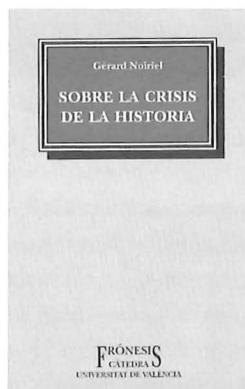


Los ecos de Ranke y de Bloch, o de cómo construir la historia sin la filosofía

Carmen García Monerri

He leído dos veces el libro de Noiriel. La primera vez fue en el momento de su aparición en el mercado editorial español, coincidiendo con una convalecencia mía tras una de esas operaciones en que los efectos psicológicos acaban siendo peores que los físicos. Fue ésta una lectura ávida y apasionada, seguramente producto de mi especial situación, pero tengo que manifestar que el contenido del libro, o aquello que yo interpreté como más importante, se adecuó perfectamente a mis necesidades del momento. Fruto de esa especial confluencia entre lectora y autor fue un artículo de opinión en un periódico que titulé «¡Me sigue gustando la historia!». Recibí, a propósito del mismo, bastantes llamadas de compañeras de profesión, todas ellas profesoras de historia de enseñanza media, que me mostraban su agrado ante lo que consideraban un mensaje de optimismo e ilusión. alguna de ellas me llegó a confesar que había hecho fotocopias del artículo y se había dedicado una mañana entera a repartirlas entre sus compañeros y compañeras, en uno de esos gestos en los que no se sabe muy bien si lo que se busca es comunicar la alegría propia o, a través de ella, ejercer un acto de orgullosa reivindicación que deje atrás problemas de reconocimiento y autoestima profesional.



Gérard Noiriel

Sobre la crisis de la historia
Colección Frónesis, Ediciones
Cátedra-Universitat de València,
1997, Madrid, 313 pp.

La segunda vez ha sido con ocasión de este encargo para la revista *Pasajes*. En parte por la naturaleza del mismo, en parte también porque era en mí una asignatura pendiente, el caso es que esta vez la lectura ha sido más sosegada, más cuidada, menos impresionista, más analítica y académica. Confieso que en este segundo recorrido no me he saltado ni una sola nota a pie de página y la lectura siempre ha ido acompañada del correspondiente montón de fichas para entresacar referencias bibliográficas, práctica a la que sigo artesanalmente apegada a pesar de los avances informáticos. El resultado de esta segunda lectura todavía no se cuál puede ser; pero ya puedo adelantar que la impresión obtenida difiere en algo de la anterior, aunque sólo sea por el hecho de que al optimismo vitalista de hace unos meses ha sucedido ahora una actitud más crítica, pero también más poliédrica y, posiblemente, más fructífera. A la postre, estoy convencida que estas dos vertientes de la lectura del libro de Noiriel no son contradictorias, sino que se adecúan perfectamente, como tendré ocasión de desarrollar, a su contenido y a su finalidad.

Si empezamos por esta última, tengo la impresión de que el libro de Noiriel es, ante todo, una defensa contundente y apasionada de la profesión de historiador hecha por alguien firmemente convencido de que tal «oficio», mucho más allá de la vertiente estricta de pensamiento o «idealista», es básicamente una práctica social, con todos sus condicionantes, pero también con todas sus consecuencias y responsabilidades. La historia, desde la perspectiva de la disciplina que va adquiriendo su perfil metódico e institucional a lo largo del siglo XIX, es una «combinación de actividades de poder, de saber y de memoria» que aconseja al historiador con-

① El término «pragmatismo» designa una corriente filosófica, debida fundamentalmente al norteamericano Ch. S. Peirce (1839-1914) y desarrollada por el también norteamericano W. James (1842-1912). Se trata de una propuesta anticartesiana y, por tanto, opuesta a la tradición de la filosofía apriorística y racionalista. Peirce presentó su filosofía como una teoría de la significación que identifica el significado de un término o de una proposición en el conjunto de los efectos que produce. Frente al fundamento apriorístico de la duda cartesiana, propuso una búsqueda cooperativa de la verdad en una comunidad de investigadores que afrontan los problemas reales que surgen en la práctica de la investigación. W. James incidió en el carácter plural y dinámico de la realidad que sólo puede conocerse por métodos inductivos. Con posterioridad, sería el psicólogo y filósofo norteamericano G. H. Mead (1863-1931), uno de los pioneros de la psicología social, el que se encargaría de la aplicación del pragmatismo al campo de la psicología (el «yo» como organización en contacto con el mundo social) y al de la acción social, ámbito desde el que influyó en la sociología.

Noiriel acepta explícitamente la definición, desde las propuestas de Peirce y de James, de «las disciplinas científicas en función de las prácticas sociales que las constituyen» y se muestra muy de acuerdo con el filósofo pragmatista actual, Richard Rorty (*Consecuencias del pragmatismo*, 1982 y *Objetividad, relativismo y verdad*, 1991, ambas obras editadas en castellano en 1996), en su apreciación sociologista de los saberes, más allá de diferencias metodológicas o filosóficas, y en ese cierto relativismo que supone que el conocimiento y, por tanto, la «verdad», reside más bien en el conjunto de hábitos de acción que posibilitan afrontar una realidad determinada (p. 154).

secuente no sucumbir ante los cantos de sirena estrictamente idealistas y tener siempre muy presente el carácter social de sus productos y de su actividad. Es desde esta perspectiva desde la que, en un necesario por consiguiente recorrido sobre los orígenes de *Annales* (escuela a la que Noiriel estima pertenecer), critica esa especial reescritura heroica en que ha acabado convirtiéndose *Combates por la historia* de Lucien Febvre, uno de los máximos responsables de la «leyenda negra» del conservador y positivista Charles Seignobos. Y es también en ese contexto en el que hay que entender su crítica respecto a las «rupturas epistemológicas» habidas a partir de los años setenta, por cuanto se han encargado de pedir a la filosofía, no aclaraciones, sino «fundamentos, y por cuanto se niegan a tener en cuenta las prácticas sociales en las que se basa la investigación».

Es por ello por lo que Noiriel rechaza desde el primer momento convertir su libro en una aportación más, una de tantas, a esa especie de «supermercado de ideas novedosas» en que parece convertirse cada reflexión sobre la historia o sobre su supuesta crisis. La suya es una reflexión a propósito de lo que podríamos denominar, parafraseando otros ámbitos del saber, el «ecosistema de la crisis de la historia», es decir, una reflexión en torno a todos aquellos aspectos que posibilitan tal tópico, sus condiciones de reproducción y, a la postre, su utilización interesada por parte del propio gremio de historiadores. ¿Significa eso negar la necesidad de una reflexión crítica y continuada de la disciplina en cuestión? En absoluto; es más: el libro de Noiriel es una incitación, desde un compromiso explícito y desde unos parámetros totalmente transparentes, a esa práctica. Entiendo, no obstante, que su propuesta —y de aquí, en parte ese compromiso y esa transparencia— es realizarla dentro de unos supuestos muy determinados que espero poder ir aclarando.

La estructura del libro es original y, sobre todo, coherente con los principios

defendidos, es decir, la visión «pragmatista» de la historia en tanto que conjunto de actividades de saber, memoria y poder ①. La primera parte del libro, la más extensa, lleva el significativo título de ««Savoir-faire» y poder decir», dos proposiciones que delimitan ya perfectamente ese ámbito pragmático en que se va a desenvolver el oficio de historiador y ese compromiso inexcusable en todo pragmatista que consiste en una autoreflexión sobre sus propias prácticas. Cinco capítulos componen esta primera parte: el primero, auténticamente novedoso en este tipo de libros, es un análisis de la situación de la historia y de los historiadores desde supuestos sociológicos e institucionales; el segundo, tercero y cuarto son un recorrido historiográfico muy *sui generis*, desde los orígenes de la disciplina a comienzos del siglo XIX hasta la crisis de los «paradigmas» actuales; y el quinto, desde mi punto de vista el más interesante, junto con el primero, es una propuesta de definición de la historia como prácticas de «saber, memoria y poder».

La segunda parte del libro, más allá de los incómodos imperativos teóricos en que parece resolverse para su autor la primera, es un descenso a la coherencia propugnada desde el comienzo, ya que se anuncia como una «contribución a la clarificación de las prácticas». Desde mi punto de vista, es la más original y aquella que, sin lugar a dudas, convierte este libro en una auténtica provocación capaz de agitar las autocomplacientes aguas del gremio universitario de historiadores (sin lugar a dudas, el más autocomplaciente dentro de los oficiantes de la disciplina). Siempre desde una perspectiva francesa, se trata de pensar el nacimiento del oficio de historiador (capítulo seis), las prácticas que a final de siglo dan un impulso a la «autonomía» de la profesión (capítulo siete), una especial relectura desmitificadora y crítica de *Annales* (capítulo octavo) y, finalmente, un original estudio sobre una colección de historia de una editorial francesa (en la que el propio autor

participa) a través de su «paratexto». Como se observará, una «autoreflexión» que trasciende ese estrecho margen inventado por un *annaliste*, Pierre Nora, y bautizado con el pomposo término de «ego-historia», para partir, por contra, del supuesto de un saber acumulado durante siglos y del que se es solidariamente copartícipe a través de un proceso de institucionalización que, *mutatis mutandis*, determina en gran medida el conjunto de prácticas derivadas de la profesión.

Es muy difícil, en el estrecho margen de una reseña crítica, dar cuenta de la multiplicidad de facetas y de sugerencias que resultan de la lectura de un libro como este. Por ello me limitaré a unas cuantas que, espero, tengan como mínimo la virtualidad de incitar una lectura directa de esta original obra. Lo primero que llama la atención en ella es el rechazo explícito a la filosofía. Noiriel no tiene ningún pudor en mostrarse francamente incómodo con esta disciplina como compañera de viaje del historiador. Es más: su libro puede ser considerado como un esfuerzo de repensar la historia al margen y fuera de la filosofía. Nada más abrirlo, en una «Advertencia» sin concesiones a la retórica, sorprende al anunciarnos que entrecomillará todos los términos tomados del lenguaje filosófico, al disculparse por tener que abordar cuestiones «epistemológicas», «que quizás algunos colegas encuentren áridas», y al pedir casi perdón por tener que abordar problemas como el de la «realidad», la «verdad», la «objetividad», «ciencia», «ficción» o «relato» (p. 11). Tengo que confesar que a mí, que soy una apasionada de la historia, pero también de la filosofía, tal advertencia me produjo un cierto desasosiego, sólo superable conforme avanzaba la lectura del libro y comprobaba que se trataba de un acto de extrema coherencia y honradez intelectual. Sin embargo, como principio, me sigue pareciendo muy discutible.

Sus reticencias hacia los «historiadores-epistemólogos», presentes en muchas páginas de su libro, deben considerarse como un sín-

toma más de este rechazo. A través de él diríase que Noiriel conecta con esa primera época de *Annales*, cuando todavía «los filósofos reconvertidos a la semiología» no habían logrado extender «esa nueva arena» en la que sucumben todas las disciplinas que es la filosofía (p.100). Una nota a pie de página (n. 13, p. 99), que reproduce un furibundo ataque de Pierre Chaunu a la epistemología, resume sintéticamente las distintas facetas que se esconden detrás de esta crítica: la epistemología («esa mórbida Capua») como una «huida» hacia adelante cuando parece estancada la investigación concreta, y la necesidad de su práctica «a lo sumo» por algunas primera figuras «para así preservar mejor a los robustos artesanos de un conocimiento en construcción». Todo demasiado sencillo si no fuera porque la historia, como bien sabemos, siempre ha mantenido una ambigua y problemática relación con la filosofía. Todo demasiado fácil si no fuera porque no se entiende la construcción de un conocimiento (por más que esté hecho por «robustos artesanos»), como no sea acompañado de la correspondiente especificidad epistemológica, a menos de condenarlo a una fuerte dosis de esterilidad. Y todo demasiado simple si no fuera porque, en el fondo, se está haciendo una llamada a una nueva y discutible «división del trabajo» en el seno de la profesión.

El problema de la relación filosofía-historia viene de lejos, exactamente de esos orígenes que marcan el surgimiento de la historia como disciplina moderna dotada de un método específico y de un objeto de conocimiento concreto. Allá por la década de los treinta del siglo XIX, Leopold von Ranke, uno de los padres indiscutible de esta disciplina, escribía dos folletos titulados significativamente «Sobre las afinidades y las diferencias existentes entre la Historia y la Política» e «Historia y Filosofía» ②. Las dos hidras del siglo ilustrado, la política y la filosofía, eran cuestionadas en su relación con una historia que buscaba desesperadamente su lugar al sol

② Los dos opúsculos en Leopold von Ranke, *Pueblos y Estados en la historia Moderna*. México, F.C.E., 1979, pp. 509-517 y 518-520, respectivamente.

en ese agitado mundo de revoluciones y construcción de identidades nacionales y estatales que era el primer tercio de la centuria decimonónica. Pero mientras la política, esa nueva «ciencia tan necesaria para el estado como la medicina para el hombre», era más o menos tolerada como complemento a una historia capaz de poner al descubierto precisamente las especificidades e irrepetibilidades de esa constelación de estados, la filosofía era presentada como antagónica por su forma de conocimiento. «Hay, en efecto –sentenciaba Ranke–, dos caminos para llegar a conocer las cosas humanas: uno es el del conocimiento de lo concreto, otro el de la abstracción; uno es el camino de la filosofía, otro el de la historia. No caben otros, y la misma revelación engloba los dos caminos señalados: el de lo abstracto y el de la historia. Es, pues, necesario mantener separadas estas dos fuentes de conocimiento» ③. Los ecos de Ranke resuenan en Noiriel, pero lo que separa a ambos autores son casi dos siglos y, desde luego, la coyuntura irrepetible en la que el autor alemán formuló sus escritos.

En el caso de Ranke, plantearse la separación de la historia de la filosofía, tras un siglo de predominio de ese híbrido generalista que se denominó «filosofía de la historia», constituía una operación intelectual tan inexcusable y legítima como aquellas otras que habían supuesto la progresiva separación de los distintos saberes del tronco común de la reflexión filosófica. Lo era mucho más desde la perspectiva de un siglo marcado por el sentido de una historicidad que, no obstante, había pretendido resolverse en un patrón universal de desarrollo y de evolución de la humanidad y contra el cual se erigió, precisamente, la visión particularista y relativista de la historia. Al respecto, sin embargo, cabría hacer dos matizaciones sin las cuales quedaríamos sin entender el legado rankeano o, en todo, caso, los profundos dilemas que dejó planteados. En primer lugar, y no sin cierta paradoja, hubo en el siglo XVIII, como bien sabemos, una filosofía opuesta precisamente a

esa otra apriorística y generalista, la cartesiana, contra la cual desplegó todo su sentido de lo irrepetible, de lo individual y, en suma, de lo histórico: me refiero, por supuesto, a la filosofía viquiana como corriente distinta y diferenciable de la posterior «filosofía ilustrada de la historia». La disciplina de la historia, por tanto, surgía como criatura diferente y diferenciable de la filosofía, pero nunca pudo evitar el mantener un especial recuerdo de esa «otra» filosofía caracterizada, precisamente, por su sentido de la historicidad particularista. ¿Cómo explicar si no ese maridaje tan romántico que, en el corazón del siglo XIX, se produjo entre el historiador Michelet y el filósofo napolitano Gian Battista Vico? La historia en el siglo XIX es Ranke, en tanto que creador de una disciplina moderna opuesta a la filosofía, pero es también Michelet y su sentido de una historia atravesada por una reflexión que trasciende el aspecto estrictamente metódico y concreto. La herencia es doble e irrenunciable.

Pero ni siquiera Ranke, en ese deseo de diferenciar lo concreto (la historia) de lo abstracto (la filosofía) propugnó nunca una renuncia a lo «general». Todo buen historiador, recuerda el alemán, debe reunir dos condiciones: «el goce y la fruición de lo concreto», por una parte, y la necesidad «de levantar, además, la mirada a lo general», por otra ④. Que esa generalidad deba ser alcanzable desde los apriorismos filosóficos o desde «el estudio del detalle» es un dilema que, al tiempo que marcaba el modo de conocimiento diferenciable para una nueva disciplina, dejaba también planteado la dialéctica entre lo concreto y lo general a partir de la cual se desarrollaría esa disciplina. Hay, por tanto, un rechazo casi genético a la filosofía desde la historia, pero no un rechazo ni a la «generalidad» ni, por supuesto, a la teoría, a menos que confundamos una con la otra.

Contextualizar el origen de la historia como disciplina moderna en su rechazo a la especificidad del conocimiento filosófico no significa, desde mi punto de vista, y al margen

③ Op. cit., p. 518.

④ Op. cit., p. 519.

de la peculiar coyuntura marcada por un predominio de las reflexiones apriorísticas, más que dejar planteado otro tipo de relación entre lo concreto y lo general que obliga necesariamente a todo historiador a no dar la espalda a los problemas relacionados con la epistemología y con una cierta y necesaria percepción de la filosofía de la historia. La historia no es ni puede nunca ser exclusivamente método; no es ni puede ser exclusivamente proceso de socialización e institucionalización de los modos de creación y reproducción, tanto de sus productos como de sus creadores.

Aunque pueda parecer una obviedad, debemos recordar que la historia, entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, puede ser considerada como un precipitado resultado de dos líneas de fuerza que, paralelas en muchos casos, sólo originaron un nuevo saber tras su confluencia fructífera: la que representa toda la tradición crítico-filológica y textual que, arrancando desde el Renacimiento, tendría uno de sus puntos culminantes en Mabillon y proporcionaría toda una corriente de «historia crítica» a lo largo de la centuria ilustrada; y la que representa esa formidable especulación apriorística sobre la evolución de la humanidad y que tan admirablemente supo transmitir a la posteridad el sentido de una nueva percepción del tiempo histórico y de la historicidad como esencia de lo humano y de lo social. Al final de esa encrucijada se encuentra la historia y se encuentra Ranke. Pensar nuestra disciplina al margen de una tradición o de otra deviene un esfuerzo bastante reduccionista y estéril.

La postura de Noiriél respecto a este problema me parece, como mínimo, ambigua. En primer lugar, no sé hasta qué punto está claro a lo largo de su libro la diferencia entre un conocimiento filosófico (respecto al cual, repito, hay que contemplar esa separación que se produce en los orígenes de la disciplina histórica) y el término «teoría». Muchas veces, el rechazo de una se confunde con el rechazo de la otra; y muchas veces la «teoría» (o el cono-

cimiento «teórico», como el mismo autor rotula) es sinónimo de una específica teoría que, desde luego, puede resultar extraña al proceder y a la especificidad del conocimiento histórico, pero que, en su afán de crítica contra todo conocimiento apriorístico, es confundido con un rechazo del historiador a cualquier teoría. Eso se deduce, al menos, de las páginas dedicadas por el autor a marcar «los límites del conocimiento “teórico”» (pp.182 a186) y en las que, partiendo de una peculiar concepción de la praxis filosófica como actividad intelectual «rupturista», «elitista» y «deconstruccionista», acaba por confundir la parte con el todo, una determinada «filosofía» con toda filosofía y toda filosofía con todo conocimiento teórico. ¿Por qué el conocimiento teórico es imputable exclusivamente a la filosofía? ¿Por qué la historia tiene que permanecer al margen de ese conocimiento teórico? Si lo que se quiere significar es un un rechazo a un conocimiento excesivamente apriorístico y teorético, ¿qué tipo de teoría le queda reservada al historiador? ¿Cómo se pertrecha el historiador de esa mirada «general» a que aludía Ranke, desde la teoría previa o desde el problema histórico? ¿Cabe una teoría general en la historia o, por el contrario, múltiples teorías *ad hoc*? ¿Debe todo buen historiador administrar en distinto grado una y otras? ¿A cuál de ellas damos prioridad? Son demasiadas preguntas y no siempre bien resueltas, ni siquiera abordadas, en el presente libro.

La contundencia de la postura pragmática de Noiriél, tan saludable por múltiples conceptos, reduce a veces, hasta extremos insorpotables, la disciplina histórica a una práctica metódica y social de la que no se sabe muy bien por qué razón deben quedar excluidos los problemas teóricos y epistemológicos. La reivindicación de Marc Bloch y de su *Apología por la historia* se convierten así en la defensa apasionada de una historia que huye de los llamados «fundamentalismos» o «esencialismos» para refugiarse en el «oficio de historiador» y en el «método histórico» como

únicos parámetros referenciables. Frente a la concreción del objeto del conocimiento (el «objeto» de la historia) y frente a la especificidad del conocimiento histórico (problemas epistemológicos), nos encontramos de forma reduccionista con una «ciencia» en la que «la verdad histórica no viene garantizada por ningún fundamento exterior a la práctica» y en la que, por tanto, el mismo carácter científico le viene dado «en la medida en que quienes la practican comparten el mismo lenguaje y de este modo están en condiciones de evaluar los descubrimientos de sus iguales» (p. 309). Cuando Noiriel insiste en centrar la discusión sobre la historia revitalizando ese espacio del «oficio de historiador», reclama, y con razón, la actualización de un punto de mira olvidado por los excesos teoricitas que desde la década de los setenta han acompañado a eso que se ha llamado la «crisis de la historia», contribuyendo, en no pocos casos, no a su solución, sino a su «creación». Pero de ello no debe inferirse, ni mucho menos, una reducción de la misma a problemas metódicos. Si el primer aspecto constituye uno de los mensajes más optimistas y estimulantes del libro, el segundo se intuye como un esfuerzo vano derivado, en gran parte, de su propia postura pragmatista que, ¡paradojas de la vida!, es una «filosofía» desde la que rechazar la filosofía en la historia.

He apuntado más arriba que una de las consecuencias que parecían deducirse de la postura de Noiriel es la constitución de una nueva «división del trabajo» en el seno de la profesión. El uso abundante a lo largo del libro de ese nuevo término de «historiador-epistemólogo» así parece indicarlo; determinadas y contundentes frases como que «nadie está en condiciones» de poner «en práctica simultáneamente» los dos tipos de conocimientos, el «teórico» y el que se deriva de la concepción «pragmatista» de la historia, no hacen sino corroborarlo. Y, sin embargo, tal postura, me parece contradictoria con una crítica que certeramente el historiador francés apunta a lo largo de su libro: la de que muchas

de las discusiones más recientes en torno a la «crisis de la historia» y el surgimiento de supuestos nuevos «paradigmas» no han hecho sino agudizar esa división entre un grupo de teóricos elitistas (los «historiadores-epistemólogos»), siempre dispuestos a dar por bueno lo más novedoso, y el grueso mayor de los historiadores dedicados a la práctica investigadora propia de la disciplina.

Esto último constituye uno de los muchos aspectos de la realidad social e institucional del actual oficio de historiador que el análisis pragmatista de Noiriel contribuye admirablemente a poner sobre la mesa como uno de los elementos de discusión. Cualquiera de nosotros que haya permanecido mínimamente atento al contexto en que se ha desenvuelto nuestra disciplina desde los años setenta y a nuestra realidad más inmediata desde el punto de vista profesional e institucional, sabrá que crecen alarmantemente los indicios que apuntan a tal división. La incompreensión, el desasosiego, la reivindicación añorante de «tiempos mejores», los repliegues relativistas o dogmáticos, crecen entre muchos de nuestros compañeras y compañeros a un ritmo y en una proporción de la que no son ajenos esos excesos «teoricistas» practicados por otros. En los estantes y mesas de las librerías cuesta cada vez más encontrar obras que respondan a un esfuerzo de investigación concreta, proliferando, por contra y sintomáticamente, los aspectos historiográficos y/o teóricos o —lo que me parece mucho más alarmante— las reediciones de obras «clásicas». En el ámbito universitario cada vez se oyen voces más altas reclamando una separación entre las actividades docentes y las de investigación. La necesaria reforma del marco institucional y profesional deja traslucir inquietantes proyectos de separación entre los niveles de gestión y los de participación. La crítica, tan imprescindible en un mundo que sólo puede justificarse por la existencia de proyectos alternativos en competencia, es utilizada sistemática y perversamente como un elemento más de poder en el seno

de la profesión. El abismo, siempre tradicional en nuestro sistema, entre el mundo universitario y el de los profesionales de otros niveles de la enseñanza, se agranda hasta extremos alarmantes de incomunicación. La frecuencia de las discusiones teóricas constituyen un índice de «modernidad» engañosa que pivota cada vez más en torno a la ausencia de prácticas colectivas de investigación y de trabajo. Nuestros alumnos y alumnas crecen con la convicción profunda e inamovible de que nuestra disciplina está en «crisis» y de que múltiples «paradigmas» se ofrecen hoy como alternativa al historiador; pero crecen igualmente con la arraigada malformación, difícilmente superable, de no saber en qué consiste eso de ser historiador, ni en qué consiste eso de «hacer historia»...

En ese contexto es en el que cabe interpretar la oportuna llamada de Noiriél a la reivindicación del «oficio» de historiador, a la vuelta a ese compromiso que trasluce toda la figura y toda la obra de Marc Bloch (a la que viene a sumarse, con ese puente tan especial que Noiriél establece con la sociología, Max Weber). Y es en ese contexto en el que este libro supone una bocanada de aire fresco que los que nos sentimos comprometidos con nuestra disciplina y con toda su proyección social no debemos dejar pasar de largo. Pero, precisamente por eso, como decía más arriba, no se entiende demasiado bien el mensaje implícito de una nueva «división del trabajo» entre teóricos y pragmáticos, entre historiadores-artesanos del conocimiento e historiadores-epistemólogos. Particularmente, al menos, no acabo de entender por qué de ese necesario repensar crítico de nuestra práctica y de nuestra disciplina debe ser eliminado el componente epistemológico y teórico.

Durante la lectura del libro de Noiriél he tenido siempre presente la «solución» que ha acabado imponiéndose en los ámbitos de las llamadas «ciencias básicas» y «experimentales» respecto a la consolida-

ción académica e intelectual de esa disciplina conocida como «historia de la ciencia». Más allá de la concesión a un sentido de la historicidad inherente a esos ámbitos del conocimiento, confluye en esa disciplina relativamente nueva todo un ámbito de reflexión que piensa sobre el contexto y el modo de generación de un saber específico, sobre sus condiciones y sobre sus particularidades teóricas y sociológicas. Pero tal disciplina ha venido a consagrar, a su vez, la separación entre los «productores de conocimiento» y los que «piensan sobre cómo se produce ese conocimiento». Desconozco si esta división, en el marco de unas ciencias claramente experimentales, es inevitable o, al menos, necesaria. Pero como historiadora tengo mis serias dudas de que ésa sea la solución más viable en nuestro ámbito. Precisamente por la especificidad de nuestro conocimiento, de esa faceta del «saber» que dice Noiriél, insistir demasiado en desenterrar de nuestro escenario concreto los problemas teóricos y epistemológicos, sería como contemplar a un artesano practicante de un oficio que ha visto secuestrado parte de su conocimiento... Una contradicción *in terminis* si de reivindicar el «oficio de historiador» se trata. Hay en el libro de Noiriél, toda una batería de sonos y de ecos que incitan a una discusión en serio para mejorar nuestras prácticas. No creo, sin embargo, que el mejor de los sonos sea el tan esgrimido de una separación entre filosofía e historia. Sí, por el contrario, la reivindicación de la historia como un oficio y como un saber acumulativo que bajo ningún concepto puede desligarse de sus compromisos institucionales y sociales.